Viruta Galindo y la lógica aplastante



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

© Del texto y las ilustraciones, Sara Bonet, 2026
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 979-13-88032-67-7
Depósito legal: M-13.771-2026
Impreso en Gráficas Dehon
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Sara Bonet

VIRUTA GALINDO
Y LA LÓGICA APLASTANTE

Ilustraciones de la autora

Siruela

Las Tres Edades

Para Tatá y Totó, guardianes de mi infancia.
Estuvisteis, siempre, en todas mis primeras veces.
Por eso estáis aquí, para siempre,
en mi primer libro.

Índice

El síndrome de la morriña 11

La Batalla del Gerundio 28

Declaración Universal de los Derechos Hermanos 45

No es lo mismo ser que estar 65

Cuestión de foco 85

Ropopompón 101

Temporada de torrezno 126

Los elementos de la comunicación 149

Y los sueños, sueños son 169

Las herencias familiares 186

Yo quiero tener un millón de amigos (y de euros) 204

Agradecimientos 229

El síndrome de la morriña

Me llamo Viruta Galindo y, no sé tú, pero yo no quiero crecer.

Todo empezó el domingo después de cenar. Esto de hacerme mayor me viene preocupando varias veces por semana porque mi madre, últimamente, dice mucho lo de «Viruta, vamos a hablar de esto que ya eres mayor»; y Miss Espido: «¡Sois mayores, hay que dar ejemplo en el patio!»; y Gloria, que es mi panadera, cada vez que bajamos a por una barra: «Criatura, ¡qué mayor estás!», y así todos los días, incluidos los sábados, los domingos y los festivos.

Pues precisamente el domingo, después de cenar, como cualquier domingo de mi vida, me quedé dormida en el sofá. Todo el mundo sabe que, cuando eres un niño y te duermes en el sofá, alguien te lleva en brazos a la cama. Es de lógica aplastante. Lo pone en la Constitución de la Infancia. A mí, cuando me quedo dormida en el sofá, e incluso cuando estoy despierta, pero finjo un sueño profundo, siempre y sin excepción, mi padre me lleva en brazos a la cama. Pero el domingo después de cenar, todo cambió para mí. Me había quedado dormida con

el telediario de fondo sin saber lo que estaba a punto de ocurrir cuando llegó mi padre, me dio un toquecito en la nariz y me dijo:

—Viruta, venga, vete a la cama. Que mañana hay cole.

Y ya está. Se acabó mi infancia para siempre. Lo supe enseguida, no te creas. Que al día siguiente hubiese cole era algo impepinable, yo qué le voy a hacer si los lunes es obligatorio ir al colegio. Pero el final de mis días de niña reconozco que no lo vi venir.

Me levanté, le di un beso de buenas noches a mi padre como si no hubiese pasado nada, me fui a mi habitación muy digna y, cuando me metí en la cama, me entraron las ganas de llorar. Vale que soy una niña muy sentida, lo dice siempre mi abuela, pero en este caso me vas a perdonar, cómo no iba a tener ganas de llorar. Acababa de perder mi infancia así, de cuajo. Se perdió y no hay tutía.

Me dio una pena muy grave. Ahora que se me ha pasado un poco el *shock* dramafiláctico del domingo por fin puedo hablarlo con normalidad, pero estoy bastante mustia. Encima yo siempre le he contado casi todo a mis padres. A mis padres y, en general, a casi cualquiera que me encuentre por ahí, porque una de mis cosas favoritas es hablar. Pero esto no puedo contárselo a nadie por dos motivos de lógica aplastante. El primero es que no puedo llegar mañana y decir: muy buenos días, lo he pensado bien y no quiero seguir creciendo. Porque crecer no es como una actividad extraescolar de la que una se puede desapuntar.

El segundo motivo es que no conozco a nadie más en todo el planeta que sienta lo mismo que yo. Hay asuntos que los niños intuimos, y yo intuyo que a todo el mundo le parece bien crecer menos a mí. Ni siquiera le puedo contar esta preocupación a Chis, que es mi mejor amiga

del alma desde que íbamos juntas a la clase de los Caniches en primero de Infantil.

En realidad, se llama Celia Fortuna. Pero yo la llamo Chis, como *queso* en inglés, porque come tanto queso que una vez se puso amarilla y olió a roquefort durante dos días enteros (ya sé que se escribe *cheese*, pero yo la llamo Chis, que al final es lo mismo, porque a mí me gusta hablar en versión original y para todos los públicos). Pues ni a ella le puedo contar todo esto, porque a la tía nada la pone triste y crecer, menos aún. Debe ser que todavía no han dejado de llevarla en brazos a la cama. Chis está deseando tener la adolescencia para que nos dejen quedar en el Docamar las dos solas, sin padres ni nada.

El Docamar es el bar que está justo en la mediatriz entre dos puntos, y esos dos puntos son su casa y la mía. O sea, por si en tu cole aún no habéis dado lo de la mediatriz, que está justo en la mitad. Al Docamar vamos casi todos los sábados a merendar. Algún día entre semana tontorrón, como quien no quiere la cosa, también te puedes encontrar a alguien de mi familia por ahí. Chis y yo siempre pedimos lo mismo: ColaCao y patatas bravas. Si nunca has ido al Docamar, tienes que ir a probar esa salsa brava. No existe ninguna igual en Madrid. Porque yo soy de Madrid, que no sé si te lo he dicho, pero si no lo sabías, no te preocupes porque es algo que repito con frecuencia. Se ve que a los de Madrid nos gusta bastante ir por ahí dando la turra con que somos de aquí.

Eso sí, si te pasas por el Doca, dile a Palentino (el jefe) que vas de mi parte, para que te atiendan rápido y te pongan una tapa de tigre. No te angusties ni te vayas a pensar que te ponen un trozo de tigre de verdad; la tapa


DOCAMAR

de tigre del Doca se llama así por postureo, pero en realidad es un mejillón empanado. ¿Por qué se llama tigre? Pues ni idea, tendrás que ir tú y preguntarlo.

En resumen: a todo el mundo le parece bien crecer y a mí me da ganas de llorar. Eso también me pasa últimamente. Lo de las ganas de llorar, digo. Algunas veces, de repente, pum: me entran ganas de llorar por las buenas, vete tú a saber por qué. Mi madre, que es poeta, dice siempre que hay que nombrar lo que uno siente: «Lo que no se nombra no existe, Viruta».

Esta frase la repite como seis o siete veces al mes por malformación profesional. Qué lista, como los poetas se pasan el día nombrándolo todo para ella es muy fácil. Yo lo de hablar sin filtros lo llevo muy bien, en lo de nombrar cosas emocionales voy más flojilla. Qué te voy a contar a ti, que estás aquí aguantando mi chapa.

Como te decía, a veces me entran unas ganas de llorar raras, así de repente. Ya sé que todo el mundo quiere llorar alguna vez, pero esto es diferente. Estas ganas de llorar nuevas se parecen a las ganas de ponerse el pijama. Pero como no quiero echarme a llorar ahí, en medio de donde esté, pues se me quedan las ganas dentro, sin salir, y se me hacen bola. Es una sensación que se parece un poco a cuando en el comedor del colegio toca filete con textura chancla y a mí, por mucho que beba y que intente tragar, se me queda ahí atrancado en la mismísima faringe.

Y tú puede que te estés preguntando por qué me aguanto las ganas de llorar. Pues la respuesta es de lógica aplastante. Porque si tienes entre ocho y doce años (y de ahí en adelante hasta el fin de tus días) y lloras, te dicen que ya eres mayor para llorar. Así, sin inmutarse ni nada, como si se te hubiese caducado una suscripción. Y si tú vas y res-

pondes: «Perdón por las molestias, pero es que lloro porque se acabó mi infancia, me quedé dormida en el sofá y al despertarme había perdido mis derechos de niña», te dirán que qué chorrada es esa, que por eso no se llora. Encima se te ponen tiquismiquis con los permisos para llorar, por esto sí, por esto no, por esto depende. Pues porque tú lo digas, señor (esto último no lo digo así, solo lo pienso, porque soy una niña tendente a evitar los conflictos, esa es la verdad).

Cuando eres pequeño, sientes solo lo más fácil de la escala de emociones. Y, encima, puedes llorar sin miedo. ¿Estás triste?, pues lloras. ¿Tienes sueño, hambre, ganas de irte ya a casa tras una dura tarde de parque?, pues lloras también. Hay un catálogo inmenso de motivos para llorar, como los de las ofertas del súper. Pero cuando te vas haciendo mayor, parece que echarse a llorar es una catástrofe internacional, no sé si te has dado cuenta tú también.

Explicarle todo esto a un adulto sería como hablar con un felpudo, y por eso te lo estoy contando a ti. Yo soy la misma de siempre. La misma que ayer y que antes de ayer y que hace un mes y hasta dos. Yo sigo queriendo jugar a lo mismo y ver las mismas pelis y ponerme la misma ropa y, lo siento, pero los domingos después de cenar yo me sigo quedando dormida en el sofá. Solo que, de repente, ya no me llevan en brazos. Yo no he cambiado cómo soy, lo que ha cambiado es cómo me piden que sea. Qué disgusto más grave me da y qué ganas de llorar me entran.

También te digo que no te vayas a preocupar, que esto de las ganas de llorar no me pasa todos los días. Tengo mis altibajos y mis crisis, pero soy una niña bastante feliz y normalita, aunque mis abuelos digan que Cotolino y yo somos los niños más especiales que existen en el planeta.

Cotolino es mi hermano pequeño y, como tiene seis años, a él todavía le dejan llorar y dormirse en el sofá.

Pero vaya, que de poco sirve, porque de niño solo tiene el tamaño. Mi hermano es un abuelo en miniatura. Se toma sus tilas y todo. Desde que se le han caído los dos dientes de arriba de golpe y habla con la zeta es bastante gracioso, porque sale de su cuarto con su batín y su pelo repeinado y le dice a mi madre: «¿Zería mucho pedir que me hiciecez una tila alpina?», y parece un anciano diminuto sin dentadura.

Mi hermano es el tío más listo que te puedes imaginar, de mayor va a ser ingeniero de asuntos importantes. Nació sabiéndose todas las tablas de multiplicar de memoria, salvo la del siete, que todavía le baila un poco, pero ya le he dicho que no se angustie, porque le queda mucha Primaria por delante. Una vez, a la temprana edad de dos años y medio, hizo una ecuación con logaritmos y todo, y concluyó que los camellos de los Reyes Magos tienen que llevar en cada pata un propulsor aerodinámico porque si no, sería imposible que llegasen a todas las casas en una noche. Mi madre, al escuchar aquello, se quedó catacróquer. Ya te digo que Cotolino es una eminencia intelectual.

Mi hermano y yo nos queremos con mucha intensidad. A nosotros los enfados nos duran dos unidades de minuto, tres como mucho. Cuando nos vemos en el patio del colegio, nos hace tanta ilusión encontrarnos que nos abrazamos con ansia y se nos olvida que somos hermanos y que vivimos en la misma casa y que nos hemos visto esa misma mañana y que nos volveremos a ver esa tarde y mañana y pasado y todos los días de nuestras vidas. No podemos controlar nuestro amor.